

# LOS ENIGMAS DE ARGEL

**T**ODAVIA, a la hora en que escribo, los orígenes profundos del golpe de Estado de Argelia están en la oscuridad. Cuesta trabajo imaginarse, representarse mentalmente, la figura de Ben Bella tal como la describen los comunicados, los comentarios oficiales y oficiosos del Consejo de la Revolución que dirige el coronel Bumedian. Estos comunicados obedecen a una técnica, a uno de los aspectos técnicos del golpe de Estado; cargar sobre el depuesto, sobre el eliminado, toda clase de acusaciones, con objeto de desprestigiarle automáticamente ante sus posibles partidarios interiores y ante el mundo que se inquieta por su suerte. En este sentido no se han quedado cortos los antiguos ministros, los íntimos colaboradores, de Ahmed Ben Bella, en el momento de desembarazarse de él. Las acusaciones de «poder personal» no parecen apartadas de la realidad al dirigirse contra un hombre que era, al mismo tiempo, Presidente de la República, presidente del Consejo de Ministros, secretario general del «bureau» político, ministro del Interior, ministro de Información y ministro del Plan. Los de traición, locura, malversación de fondos, incluso asesinatos, nos permiten ejercer el derecho de dudar. La acusación de haber lanzado al país a una catástrofe económica puede tenerse en cuenta a partir de una base: que la situación económica de Argelia, donde más del 60 por 100 de los trabajadores están

en paro y donde la población ha subsistido gracias a la ayuda del exterior, es, evidentemente, catastrófica. No más, sin embargo, que en otros países similares recientemente descolonizados, en África o en Asia. Y, además, por muy fuerte que haya sido el poder personal de Ben Bella, no lo ha sido tanto como para que no se pueda acusar con él a sus colaboradores, precisamente a los mismos que en un espacio de minutos —no podía ser tanta la fuerza de Ben Bella, cuando ha sido tan fácilmente descartado— le han enviado desde el poder a la prisión. No es, por lo tanto, sencillo aceptar las explicaciones del Consejo Revolucionario, ni tampoco dudar enteramente de ellas. Lo menos que se puede hacer con Ben Bella, a la hora de dibujar su perfil, es retratarle el claroscuro, si es que queremos atenernos a la explicación de golpe antipersonal que quieren dar sus autores. Ben Bella dio un sentido a la revolución argelina, un sentido que no le habían dado el moderado farmacéutico de Setif, Ferhat Abbas, que no le dieron Ben Jemma o Jidder. Unificó las facciones —a veces, duramente—, creó un Estado, negoció hábilmente con Francia, de la que dependía; su voz en el mundo árabe, en el mundo africano, era escuchada y respetada. Al mismo tiempo, su doctrina política era dudosa. Desde el momento en que su famoso viaje a Washington terminó en Cuba, para ofrecer su amistad, al mismo tiempo, a Kennedy y a Fidel Castro, co-



Por EDUARDO HARO TECGLEN



No parece probable la existencia de una «mano oculta», tras el golpe de Bumedian. Si se descarta esta hipótesis sólo queda la del movimiento personal, la de la lucha entre los dos hombres más poderosos de Argelia. El pueblo ha reaccionado en contra, tímidamente. El Consejo Revolucionario domina la situación.

menzó a ser doctrinalmente dudoso para todo el mundo; lo cual continuó cuando proclamó a su país «democracia popular» y, al mismo tiempo, encarceló a los comunistas y disolvió su partido. En los últimos tiempos, las vacilaciones eran aún mayores. Defensor a ultranza del panarabismo, se había desligado suavemente de Nasser y de la Liga Árabe, en un problema tan definitivo como el de Palestina y el de la actitud a tomar con respecto a la Alemania Occidental, para inclinarse algo más hacia las tesis de Bourguiba. Las mismas vacilaciones aparecían en cuanto a la política interior. Después de haberse manifestado contra la socialización y la colectivización de la agricultura, cayó en ella y la proclamó, y lo mismo puede decirse de los «comités de gestión» en las industrias —comités que han dado, hasta ahora, un resultado irregular—. En una palabra, Ben Bella era un político oportunista. «Su sola certeza doctrinal profunda —escribe un hombre que le conoció bien, Serge Bromberger— consistía en creer que él era el hombre designado para dirigir la revolución argelina. ¿Designado por quién? No lo decía, pero era evidente que creía que su designación venía de Dios».

Pero la gran incógnita se plantea al tratar de saber si es únicamente esta personalidad típica —compartida por tantos dirigentes del mundo actual, y de todos los mundos— la que justifica el movimiento del coronel Bumedian contra él. La idea de la «mano oculta» ha surgido desde el primer momento, como siempre ocurre con los golpes de Estado en países pequeños. Las acusaciones contra posibles «manos ocultas» se han ido agotando en estos días. ¿Moscu? A Moscu se acude siempre, en Occidente, para explicar estos casos, pero las reservas moscovitas parecen algo más que protocolarias, y la actitud contraria de los partidos comunistas italiano y francés al golpe de Estado no deber resultar fingida. ¿Nasser? Otro tópico para calificar cualquier movimiento que suceda en Oriente Medio. Sin embargo, Nasser ha pedido el respeto a la vida de Ben Bella, para el que ha ofrecido El Cairo como ciudad de exilio y ha anulado su visita oficial a Argelia, anunciada para después de su asistencia a la Conferencia Afroasiática. Otros países africanos deben quedar descartados: no tienen fuerza para eso. ¿China? Ninguno de los conjurados tiene características prochinas; la llamada penetración china en África del Norte es mucho más lenta y mu-



cho más débil de lo que hacen creer los órganos de propaganda americanos. Es cierto que los chinos han sido los primeros en reconocer el nuevo régimen, que incluso lo han acogido con júbilo; pero no puede verse en ello más que el deseo de «tomar el tranvía en marcha» y, muy especialmente, el de tratar de salvar la Conferencia Afroasiática, que tanto trabajo les había costado montar. ¿Francia? Por el contrario, Francia estaba negociando con Ben Bella unos fructuosos acuerdos sobre los hidrocarburos y no hubiera querido ponerlos en peligro por nada del mundo. Queda otro tópico: los americanos. Para los americanos podía haber sido muy importante torpedear la Conferencia Afroasiática, que, si bien se presentaba con muy mal cariz para los países del tercer mundo, como consecuencia de sus divisiones internas, podía haber sido la ocasión de recuperar las ideas neutralistas y de darle una buena baza a China. Es indudable que esa Conferencia ha sido torpedeada, se ha agotado. Pero no puede decirse que los hombres del **SIGUE**

golpe de Estado no hayan hecho todo lo posible, y lo imposible, para conseguir su celebración. Luego si han sido movidos por los Estados Unidos, por la CIA, lo han sido de tal forma que ellos mismos no sabían dónde iban a parar.

Si la idea de la «mano oculta» no parece probable, vuelve a quedar en pie la del movimiento personal, la de la lucha entre dos hombres poderosos, los dos hombres más poderosos de Argelia. En ese caso, la orientación futura del país nos la puede dar el análisis de la personalidad de Bumedian. Apenas basta con contemplar una fotografía del nuevo prohombre de Argelia para adivinar la personalidad de un fanático, duro, ciego en la defensa de su verdad. ¿Cuál es su verdad? El nacionalismo argelino, el nacionalismo árabe, la religión islámica, la mística militar. En todas las negociaciones, en todos los tratos, ha adoptado la postura del rigor y de la entereza. Se le describe como «un lobo solitario»; y se dice, con bastante fundamento, según yo creo, que si hasta ahora se ha contentado con un segundo papel es porque necesitaba un político, un hombre de masas, un orador, virtudes todas ellas que le faltaban. En más de una ocasión se ha asegurado que Bumedian era la verdadera «eminencia gris» de Ben Bella; más claramente, que el gran actor Ben Bella representaba el papel que le escribía el autor Bumedian. La idea de que, poco a poco, Ben Bella iba liberándose de Bumedian había cristalizado en los últimos tiempos. Se ha dicho —por un periodista francés, enviado especial de la Agencia France Presse a Argel— que Ben Bella estaba preparando un «golpe de Estado desde el poder» que conducía a eliminar claramente a Bumedian y a Buteflika —su ministro de Asuntos Exteriores—, y a reformar el Ejército Nacional, cuya unidad estaba tratando de minar con la creación de unas «milicias populares» —tan mal creadas que no han tenido ocasión de disparar un tiro en defensa de Ben Bella, su fundador—. Es posible que si estos intentos de Ben Bella fuesen ciertos, Bumedian haya podido adelantarse a ellos y dar, por su cuenta, un golpe de Estado que, pese a todas sus características dudosas, no puede inspirar más que admiración por la técnica perfecta con que se realizó. Como panárabe a ultranza, debía albergar serios temores por la paulatina occidentalización de Ben Bella. Y si alguna duda hubiese de esta occidentalización, basta ahora, para comprobarla, con escuchar los llantos occidentales a la desaparición de Ben Bella. Aunque estos llantos tengan su más paradójico eco en Moscú y en El Cairo, lo cual no hace más que añadir confusión a la confusión.

Revolución de palacio, «desbenbelización», recuperación de la idea primitiva de la revolución argelina... Deshojando esta margarita del golpe de Estado, no quedan más que razones puramente locales para explicarla; sobre todo, razones de índole personal, de la lucha por el poder —aunque sus protagonistas, de uno y otro lado, vencedores y vencidos, deban beneficiarse de la idea de que siempre han puesto su patriotismo por encima de sus ambiciones personales—, y que conciernen, principalmente, al destino del pueblo argelino. Pero es el caso que este enorme acontecimiento local tiene repercusiones trascendentales en África, donde puede modificar las estructuras del Magreb —la planteada unidad entre los países árabes del Norte de África, que son Libia, Túnez, Argelia y Marruecos—; en la Liga Árabe, en los movimientos políticos africanos; tiene el peso que se ha visto en la unión del llamado «Tercer Mundo»; influye en la polémica de los «dos comunismos», en las diferencias del mundo occidental, en la coexistencia entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos... Ha quedado dicho más de una vez, en estas páginas, que la sensibilidad política del mundo de hoy es tanta que cualquier acontecimiento tiene proyección universal. Como no hay guerras pequeñas, tampoco hay revoluciones pequeñas. El peso de lo que ha sucedido en Argelia es importante en todo ello.

Ahora bien, no es posible, en estos momentos, profetizar en qué sentido va a influir, porque Bumedian no se ha definido más que en un sentido: en el de mostrar un rostro sonriente a todos, orientales y occidentales, comunistas y capitalistas, africanos y europeos. Habrá que esperar que se defina, y no puede tardar en hacerlo.

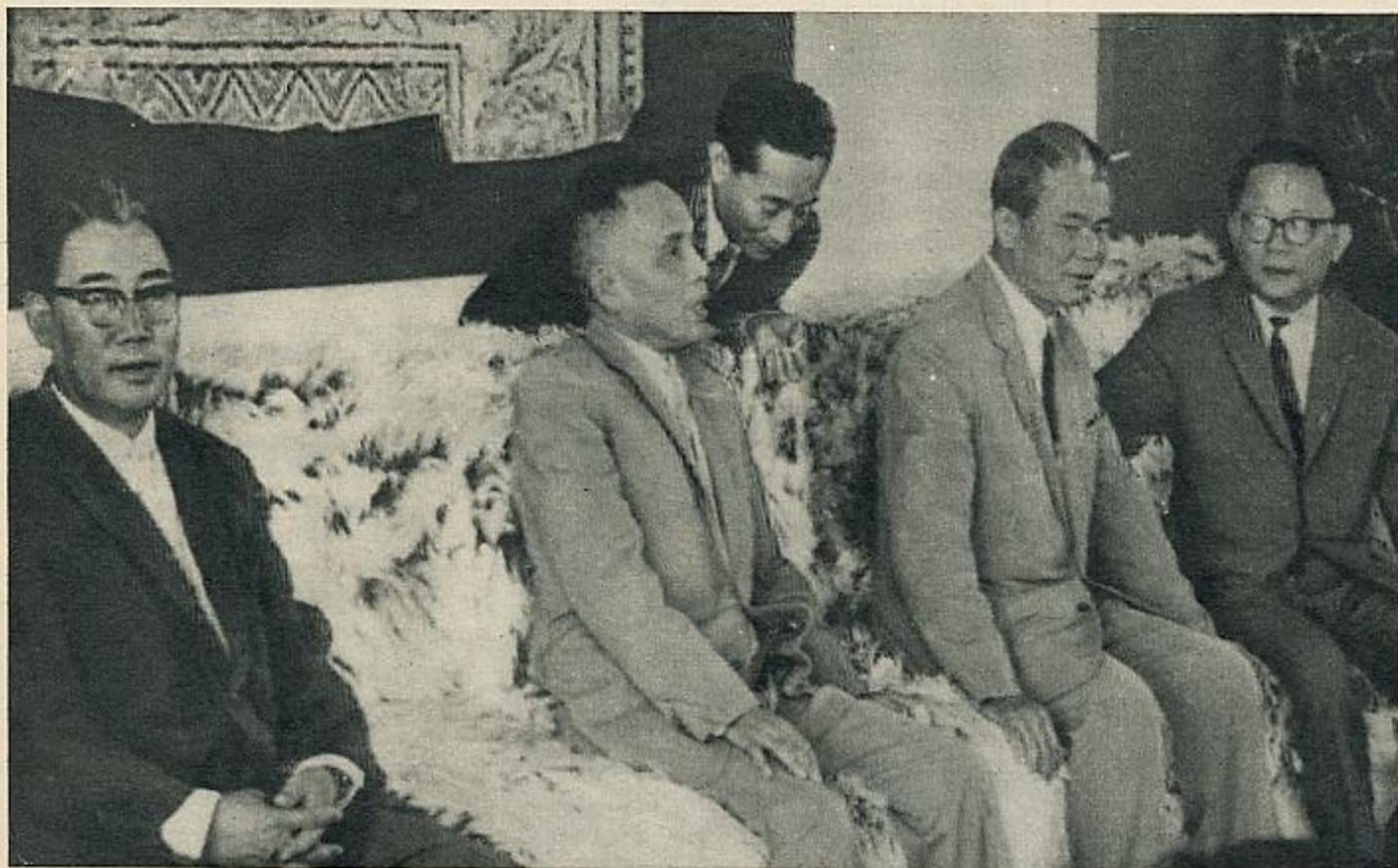
E. H. T.



El coronel Houari Boumediène. Se adivina en sus rasgos la personalidad de un fanático, duro, ciego en la defensa de su verdad: el nacionalismo, el islamismo...



## LOS ENIGMAS DE ARGEL



Buteflika, ministro de Asuntos Exteriores de Ben Bella, y ahora de Bumedian, intentó evitar que se aplazara la Conferencia Afroasiática. No tuvo éxito. Abajo, a la izquierda, lo vemos con Nasser. Abajo, Chen-Yi, vicepresidente chino, desembarca en Argel. Arriba, los delegados de Vietnam del Norte, Vietcong y Mongolia.

